

## PENSADORES DE LA NUEVA IZQUIERDA

Roger SCRUTON

*Editorial Rialp. Madrid (2017). Traducción de José María Carabante.*

Cuando, de 1989 a 1991, se hundió el comunismo soviético y el de los países satélites, ha quedado como residual (aunque con gran importancia geoestratégica) el Lenin-capitalismo chino con una cierta imitación en Vietnam. También están la excentricidad de Corea del Norte, la dinastía comunista en Cuba y poco más.

Antes y después de la caída de la casa comunista, una legión de intelectuales (historiadores, economistas, sociólogos, antropólogos, etc.) sostenían y sostienen que el marxismo no se había visto afectado por esa declinación en dictaduras, y que seguía válido como «análisis».

Roger Scruton pasa revista en este libro a muchos de ellos, así como a liberales (en sentido americano) que también, a su modo, flirteaban o flirtean con el marxismo mientras viven y prosperan en países desde la vivencia de la libertad, con sus defectos, que siempre los hay, está en las antípodas de la concepción totalitaria de Marx. Totalitaria en el sentido de que, para él, la historia se resolvería en una única dirección que abarcaría todo.

La lista es amplia: Hobsbawm, Thompson, Galbraith, Dworkin, Sartre, Foucault, Habermas, Althusser, Lacan, Deleuze, Said, Badiou, Zizek, Rorty... Pasando por Gramsci, Horkheimer, Adorno, Lukács... Scruton descubre lo que ya se sabía. Por ejemplo que Habermas aburre, a pesar de haber cambiado de posición tres o cuatro veces; que Lacan fue objeto de un culto esotérico, dado lo ininteligible de muchas de sus afirmaciones. O que un historiador marxista como Hobsbawm, de tan fino

análisis en los detalles, pasó por alto los hechos contrastados del totalitarismo comunista. Además, señala, con razón, coincidencias entre el jurista marxista Dworkin y Burke, De Maistre o Hegel, considerados siempre conservadores.

Si en la posmodernidad *anything goes, todo vale*, los pensadores de la nueva/vieja izquierda también pueden echar su cuarto a espadas. Son una jugada de cartas más en un clima en el que, para otros filósofos, la verdad es solo un constructo social. El resultado es que: «En lugar de la objetividad, solo tenemos “intersubjetividad”, en otras palabras, consenso. Verdades, significados, hechos y valores son ahora cosas negociables».

Al criticar el marxismo, Scruton se remite con frecuencia, y en contraste, a la Ilustración, considerándola muy positiva. Pero la Ilustración está enterrada desde mucho tiempo antes que lo fue el marxismo. En la Ilustración se defendieron valores universales, racionales (por lo demás presentes en toda la tradición anterior), pero la mayoría de los ilustrados eran daltónicos respecto, por ejemplo, al sentido del misterio y a la conciencia histórica: de ahí la reacción romántica. No se puede pasar por alto el ateísmo declarado de Holbach, el encubierto de Diderot, el materialismo de LaMettrie. Como tampoco el hecho de que Marx se considera a sí mismo, en gran parte, heredero de esa Ilustración.

Scruton se da cuenta de que en muchos de los planteamientos de la nueva izquierda, en lugar de argumentaciones inteligibles, lo que hay son creencias. Y si-

guiendo paradójicamente una creencia de otros autores (como, por ejemplo, Steiner, en *Nostalgia de lo Absoluto*) califica a esas creencias de «religiosas» y piensa que habrían venido para ocupar el lugar que dejaba el vaciamiento de las creencias religiosas. No es así: hay muchos tipos de creencias (los mitos, por ejemplo, lo son; la credulidad lo es). La creencia religiosa es específica: o supone la relación del ser humano con Dios o no es tal creencia. Otra cosa es la creencia gnóstica, es decir el intento de explicar lo sobrenatural, el misterio, de modo solo humano. En ese sentido. Scruton cita acertadamente en este punto a Eric Voegelin, que estudió esta cuestión con profundidad.

Scruton desconfía con razón con los planteamientos globales que desconocen la realidad de la vida, que es una suma de historias individuales, de tradiciones, de sociedad civil, de «pequeños pelotones» que son los que hacen pasable la existencia. Hay ahí una cierta coincidencia con al-

gunos posmodernos, como Lyotard, que anunciaron el final de los «grandes relatos» (cosa, que, por lo demás, está por ver). La actitud conservadora (que no coincide necesariamente con *derecha* en el sentido usual) demuestra una mayor sensibilidad hacia la complejidad vital, la variación, la coexistencia de distintas actitudes, en gran parte por su mayor atención a la historia, que nunca puede ser escrita de antemano. La nueva/vieja izquierda sigue estancada en el mito de que es posible hacer tabla rasa de lo anterior para construir un mundo nuevo, sin advertir que el mundo es a la vez siempre viejo y nuevo. Así como no es posible pronosticar el futuro tampoco lo es entender del todo el pasado.

A la mayoría de estos autores que estudia Scruton se le puede achacar lo que es achacable a Marx: su falta de modestia ante la historia, que ha estado siempre y sigue estando continuamente abierta.

Rafael GÓMEZ PÉREZ